

mos más la falta de su sabiduría y de su conciencia.

Hacemos alto, para comer, en los famosos baños de San José Purúa. Exacto modelo de un paisaje soberano y de un clima perfecto rebajados, vejados, por las artimañas presurosas de los caza-turistas de turno. La multitud, endomingada todos los días de la semana, come a trancos groseros para que no se vaya el sol, que debe alumbrar las excursiones que los agentes del hotel han organizado. Ni la montaña que se alza frente al comedor congestionado, partida de la cabeza a los pies por una gentil cortina de agua, se salva de las acometidas de la turisma en zafarrancho.

Falta por vencer la mitad del camino. Pasamos por Tuxpán, con su placita íntima y su iglesia depurada. Atravesamos, por la avenida que es su espinazo lastimado, Ciudad Hidalgo, junto al molino que poseyó la familia del Padre de la patria mexicana. A la salida del pueblo se anuncia el nuevo paisaje, de montaña y nube. Pero todavía habrá que andar buena tirada de kilómetros antes de entrar en el monte cruzado de neblinas. Todavía la carretera mantendrá el ritmo de las curvas discretas bordeadas de caseríos minúsculos y de viviendas solitarias. El adoble de las casas ha ido ennegreciendo. De gris claro que fué en Toluca, llega a un rojo negro con brillo metálico. Los portalitos son coquetones, cuajados de flores. De las casas salen los campesinos con los dulces burritos a buscar leña en los bosques cercanos.

Mil Cumbres, en lo más intrincado de la sierra, marca la culminación del ascenso. Se llega allí por un dédalo de curvas cerradas y contrapuestas que marea la cabeza más firme. El gran balcón merece las molestias. Las cordilleras se suceden en el escenario gigantesco, cada vez más altas. La vegetación es poderosa, y brava. La luz de la tarde va tocando y encendiendo las cumbres incontables. Las brumas tenues ponen el toque evocador. Se pierde en la contemplación la medida y el tiempo. Sólo los versos de Jacinto Verdaguer, hechos frente a paisaje menos grandioso, pueden dar, por su virtud épica, el arrobamiento deslumbrado de Mil Cumbres.

No se deja más la montaña. Siguen hasta el torbellino las curvas sobre el abismo. La niebla nos detiene. Lluve fuerte. Escampa. De las cumbres vienen hilos de agua que lloran sin ruido. Un frío húmedo nos muerde los huesos. Y cuando parece que la marcha se reitera entre abismos, el último sol del día nos muestra a Morelia, término del viaje. Seguimos el rumbo del viejo y lindo acueducto, orgullo ciudadano; pasamos junto al bosquecillo municipal, lentificamos la marcha para reconocer la catedral inolvidable; saludamos al venerable y querido Colegio de San Nicolás de Hidalgo, que guarda un papel que vale la ciudad: la última carta de José María Morelos. Y sin tiempo para reposar, como en otros días, en la amada Plaza de las Rosas —encanto y sueño de Aníbal Ponce— nos metemos en el hotel del Virrey de Mendoza.

Las huellas violentas del paisaje estorban el sueño. No hay sino meditar en el día siguiente. Con la vista pegada a las vigas oscuras y gruesas pienso que al otro día he de conocer a Lázaro Cárdenas. Repaso testimonios y libros, gestos y hazañas. Dos días antes, un viejo reaccionario y agudo me ha dicho: Váyase con cuidado: nada más difícil que un hombre que ya es un poco estatua... Rechazo, con un manotazo mental, la frase maligna. Quiero tener al hombre en su mejor esencia política, en su más válido perfil histórico. Sé

Crepúsculo

(En el Rep. Amer.)

Buscamos en la vida fantasmas ilusorios:
tras locas ambiciones, corremos con afán
hollandos los caminos, falaces, promisorios,
por donde marchan raudos los sueños que se van.

Inquietos nos movemos, brillante la mirada,
altivo y fiero el gesto: sabemos combatir.
Frente a los otros hombres, la triste mascarada
del mundo es una lucha por el diario existir.

Y al cabo, sobre el polvo de aquella caravana,
—que arrastra sus miserias de uno a otro confín—
salimos de la noche de horror y, una mañana,
el sol nos marca un sitio de honor en el festín.

¡Repartirnos el oro de la vida suntuosa!
¡Beber el vino alegre de una loca ilusión!
La orgía fué nuestro premio en la lid azarosa:
¡no importa si perdimos en ella el corazón!

Y luego, cuando llega la tarde de ese día,
—la lucha y los placeres agotan la ilusión—
sentimos en el alma tan cruel melancolía
que es casi una demanda de olvido y de perdón.

¿Qué valen las prebendas, si es con sangre de hermanos
que se llenan las copas en el diario libar?
¿Para qué la victoria si nos queda en las manos
que la arrancan el signo del que sabe matar?

Y entonces comprendemos que hay más dulces quimeras:
que, más que el desenfreno de lucha y de placer,
ansiamos, en la tarde de las luces postreras,
la paz de la conciencia y el "sí" de una mujer.

Román JUGO.

San José, Costa Rica. Marzo de 1949.

que es el mexicano que vive más arraigado en el corazón de las grandes mayorías de su tierra: un maestro lo respeta, un obrero lo quiere, un campesino lo ama. Cuando en la capital he dicho su nombre en un discurso, la multitud ha gritado enardecida. Sólo la pasión desbocada podría poner en duda que Lázaro Cárdenas está incorporado ya, indeleblemente, a la más pura historia revolucionaria de su pueblo.

Sé que mañana he de tocar carne de historia en un hombre todavía joven, cargado de potencias y propósitos, alerta y sensible, desvelado y ansioso. Y he ahí la terca interrogación: ¿cómo este héroe nacional auténtico que ha pasado, con merecimientos irrefutables, a los altares cívicos —¿acaso no son eso, altares cívicos, las grandes pinturas murales de Mé-

xico?— mira y entiende lo presente y lo venidero, el tiempo en que ha de tener, quiéralo o no, responsabilidad culminante? ¿Encontraré en el líder que tanto he admirado a distancia, correspondencia leal a su prestigio? No es cosa de todos los días toparse con una fuerza vigente, andadora, que ha entrado, sin embargo, en la quietud permanente de la Historia.

La luz inconfundible, clara y tibia de Morelia, entra por los cristales del balcón, sin que el soliloquio haya terminado. Pero hay que saltar rápido de la cama. En la puerta han sonado dos golpes discretos. El Coronel Sánchez Gómez —perspicacia, tacto, penetración— viene a buscarme. Su jefe, el General Lázaro Cárdenas, me espera en la Eréndira, junto al lago de Pázcuaru.

El aprendiz

(3er. Mensaje)

Por *Alexándet BIERIG*
(En el Rep. Amer.)

Veo en tu pequeño estudio que te ha gustado la casita. Y por cierto, por sus medidas y otras singularidades, es bastante atractiva. Pero, como ya tantas veces, te has equivocado. Te ha gustado el objeto en su ambiente, dentro de lo que lo rodeaba, y allí, según me lo imagino, formaba una agradable mancha de colores luminosos en un verdor multimatizado.

Y tú no te has dado cuenta de que precisamente en el conjunto estaba la belleza. Y así, en lugar de echar la casita hacia atrás, pintándola desde lejos, te has arrimado lo más posible. Y con el resultado pagas ahora tu error. Has creado una monotonía fastidiosa, sin gracia alguna, sin armonía. Casi desde el borde inferior del marco, sin perspectiva u otro atrac-